



Jornadas de Hum.H.A.

Bahía Blanca - República Argentina

11 al 13 de agosto de 2005



La representación del “héroe” en la obra historiográfica de Joaquín V. González

*Adriana Eberle*¹
(Dpto. Humanidades – UNS)

Introducción

En los pueblos, de todos los tiempos y de todos los lugares, quienes tenían la misión de conservar los recuerdos del pasado y hacerlos inteligibles a los jóvenes y niños de su presente y futuro, construyeron – en el mismo proceso y conjuntamente – la imagen del héroe, elaboración mental que reunía en sí todos los atributos deseables y esperables en los hombres y mujeres útiles a la comunidad, para asegurar la pervivencia del grupo humano como tal, y aun para expandir su dominio allende sus fronteras.

La Argentina, como nación nueva frente a las antiguas repúblicas del hemisferio Norte, asumió, por un lado, esa herencia original, propia, de las comunidades humanas, y por el otro, el compromiso de elaborar su propia identidad, peculiar, original y única, sobre todo a partir del momento en que alcanzó la sanción de una constitución, entendida ésta como punto de partida de una vida institucional ordenada y permanente, a la vez que fortaleció la convicción de sustanciar la unidad territorial y poblacional del naciente Estado. Y en ese proceso de elaborar “identidad”, los hombres públicos e intelectuales de entonces comprendieron que la Nación también requería un ciudadano que se identificase con ella como entidad y con su destino. Y el prototipo de ese ciudadano fue el héroe que necesitaban crear. No es casual que quien, según la feliz expresión de Nicolás Shumway,² inventase la Argentina, elaborase en síntesis indiscutida al argentino modelo; así, Bartolomé Mitre en peculiar sincretismo reúne las más altas virtudes de Manuel Belgrano y de José de San Martín en un todo que –desde la educación asumida por el Estado desde 1884 – pasó a ser el ideal de argentino que las nuevas generaciones debían internalizar.

Y afianzada la vida institucional, el paso siguiente fue perfeccionar la alternativa electoral. Por ello, la sanción de la llamada ley Sáenz Peña, no sólo aseguró la

¹ aeberlerios@yahoo.com.ar

² Shumway, N., *La invención de la Argentina, historia de una idea*, Buenos Aires, Emecé, 1993.

participación ampliada de la ciudadanía en las urnas, sino que inspiró en los intelectuales una renovada lectura del pasado nacional y una redefinición del ideal de ciudadano. Los tiempos exigían una representación que reuniese en sí las virtudes morales y cívicas que completasen el modelo democrático y participativo que había asumido la Nación. Y ese modelo venía a contemporaneizar con el balance necesario que significó, para la vida nacional, el centenario de la Revolución de Mayo. En este momento sugerente y atractivo para la historia intelectual,³ se nos presenta Joaquín Víctor González,⁴ funcionario, educador, escritor, abogado, hombre de su tiempo que aceptó la responsabilidad de ajustar la figura del héroe nacional a los aires genuinos de la Argentina del siglo xx.

Por lo tanto, nuestra propuesta es partir de las obras históricas⁵ del intelectual riojano, para aproximarnos, en una primera instancia, a la justificación que elabora referente a la necesidad y urgencia de la sociedad por tener héroes, y en un segundo momento, definir las condiciones que el prohombre debía reunir en sí para motivar a la sociedad civil a compartir su camino. Recordemos que Joaquín Víctor González asumió los postulados historiográficos definidos y elaborados por Mitre, aunque imprimiéndoles su sello de hombre del interior,⁶ como también su concepción del héroe como representación ideal de las condiciones y exigencias humanas que el tiempo que vivían demandaba, representación que –como dijimos- se transformó, con la escolarización estadual obligatoria, en paradigma para las nuevas generaciones.

³ En cuanto a la historia intelectual seguimos la propuesta teórica de Carlos Altamirano. En este sentido, cabe destacar con el intelectual argentino que los enunciados doctrinarios constituyen un plexo de principios que abarca mucho más que el texto escrito, y que en el devenir histórico, estas formulaciones no sólo se modifican en su letra, sino también en su espíritu, respondiendo a necesidades y realidades sociales diferentes. Por ello, insistimos en que cada conjunto coherente de ideas y doctrinas da como resultado una cultura política disímil, en la que los hábitos, costumbres, actitudes y actos de gobierno que ella inspira son altamente significantes y significativos como para signar toda una época. Recordemos con Carlos Altamirano que "es sabido que la historia intelectual se practica de muchos modos y que no hay, dentro de su ámbito, un lenguaje teórico o maneras de proceder que funcionen como modelos obligados ni para analizar sus objetos, ni para interpretarlos -ni aun para definir, sin referencia a una problemática, a qué objetos conceder primacía-...". Altamirano, C., "Ideas para un programa de Historia Intelectual", en *Prismas, revista de historia intelectual*, Quilmes, Editorial de la Universidad de Quilmes, 1999, n° 3, p. 20.)

⁴ González, J. V. nació en Nonogasta (provincia de La Rioja) en marzo de 1863 y murió en Buenos Aires el 21 de diciembre de 1923. Político, legislador, funcionario, historiador, educador, filósofo, literato, es una de las personalidades más destacadas de la cultura nacional en el período moderno. Estudió en Córdoba donde se graduó de doctor en Jurisprudencia. Fue periodista en diarios de la capital mediterránea. Su labor intelectual es amplísima, alcanzando más de una veintena de tomos la publicación oficial de sus obras completas. Cfr www.argirópolis.com.ar/ameghino

⁵ Las obras consultadas fueron *La tradición nacional*, Buenos Aires, Hachette, 1957 (primera edición, 1888); *Patria*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Congreso de la Nación, 1936, vol. XIX (primera edición, 1900); *El juicio del siglo*, en *Obras Completas, Op. Cit.*, vol. XXI (primera edición, 1913); *La Patria blanca*, Buenos Aires, L. J. Rosso, 1931 (escrito en 1920); *Mitre*, Buenos Aires, El Ateneo, 1931 (escrito en 1921); *Meditaciones históricas*, en *Obras Completas, Op. Cit.*, vol. XXII (escrito en 1921).

Los héroes se forjan en el pasado

Desde mediados del siglo XIX, los hombres públicos buscaron cimentar la idea de una Nación cuya existencia, conservación y desarrollo dependiese de ellos. Así se responsabilizaron ante sus congéneres, pero –al mismo tiempo – los incluían en ese compromiso. No es casual que buscasen identificarlos con el pasado compartido, y fundamentalmente, con los hombres que habían consagrado su vida al servicio del país y, por transitiva, “al servicio de la humanidad”. En el contexto intelectual de Joaquín Víctor González, entonces, la pervivencia de la Nación respondía al mayor o menor vínculo de la sociedad presente con los ideales humanos que la historia inmortalizara.

“La idea más alta de lo que se llama un gran ciudadano es la del que vivió y concluyó sus días consagrado a la misión de hacer la mejor patria posible, la más conforme a las condiciones de la felicidad humana, con sus elementos de libertad, dignidad, justicia y cultivo de un ideal superior.”⁷

E insistía en la fuerza que adquirirían esas representaciones, admitiendo que la manera de ennoblecer a la Nación de la que cada uno debía sentirse llamado a formar parte, era “honrar y perpetuar la memoria de los héroes que la fundaron y velan por ella desde la inmortalidad”.⁸ Por ello, el héroe adquirió para el político riojano, una doble dimensión: una individual, compatible con la naturaleza humana única y exclusiva, y otra colectiva, en tanto asociado al conjunto social y como arquetipo de ésta. Desde esta perspectiva, fue que remarcó la urgencia por abandonar los héroes de tipo bélico o militar, por aquellos otros inspirados por “la ley interior de las ideas, y con la energía invencible del amor”.⁹

No es casual que nuestro autor insistiese en la impronta colectiva del héroe, en la convicción de que éste expresaba y “representaba” (palabra ésta empleada por el mismo González) el sentir, el pensar y el interés general de la Nación. De ahí que, si la democracia se había vuelto la aspiración de la Argentina de la primera década del siglo pasado, y se la experimentaba como una “conciencia social”, era porque durante una centuria, los hombres de la gesta revolucionaria emancipadora habían comprendido, encarnado y consagrado sus vidas a esa conciencia y cuanto ella significaba, o sea,

⁶ Este tema relativo a la concepción particular y personal sobre la historia nacional en nuestro intelectual está siendo considerado en una investigación más amplia relativa al pensamiento historiográfico de González y que será objeto de una futura ponencia.

⁷ González, J. V., *Meditaciones históricas*, *Op. Cit.*, p. 181.

⁸ González, J. V., *Patria*, *Op. Cit.*, p. 30.

“formar la vida común, la conciencia colectiva, un designio de todos de constituir un gobierno capaz de realizar el bien general, sin exclusiones regionales y particularistas...”¹⁰

En este sentido, el intelectual riojano creyó que la historia, como alma colectiva en tiempo pasado, experimentaba la influencia de fuerzas morales que se hacían “evidentes e inevitables” en los “hombres superiores”.¹¹ Pero advirtió que era responsabilidad pública de dirigentes y maestros movilizar a las jóvenes generaciones por medio de la enseñanza con el fin de que éstas conformasen un pueblo dispuesto a sostener la nacionalidad y los valores de la historia, antes que a un déspota. Por ello

“Entre todas las maneras de enseñar y hacer nacionalismo en la escuela, está la de la elección de los *tipos superiores representativos* de las más altas virtudes humanas para convertirlos en elementos objetivos de enseñanza.”¹²

De ahí que el héroe devenía en “instrumento de una idea”, de “una inteligencia superior”, “anhelos vivientes de su pueblo”. Porque estos hombres eran los responsables de hacer resurgir en cualquier época posterior a la suya, las ideas e inspiraciones que los animaron. Por ejemplo, a San Martín lo guió el ideal de independencia a partir de la unión, la libertad y la autodeterminación de los pueblos. Sin embargo, no era suficiente encarnar valores sino que, para llegar a héroe, era menester consagrar la vida a esos valores e ideales; por lo tanto, para González, el héroe era también un místico. San Martín lo fue “porque un ideal fue la única llama que le guió en la vida; un ideal tan simple y tan puro, que llega a ser por eso mismo incomprensible...”¹³ No extraña pues que la cualidad máxima del héroe fuese “dar vida” al individuo y al pueblo y, consecuentemente, digno de ser “imitado”. Como síntesis de cuanto hemos afirmado, reflexionemos la siguiente expresión de nuestro autor sobre Manuel Belgrano:

“Belgrano es, entre todas las figuras que en nuestra Historia, tienen ya su señal de inmortalidad, el que mayor número de cualidades ejemplares reúne, como índice educativo para las generaciones nuevas, que preparan las futuras democracias. Otras, como en el caso del jardín, presentarán tal vez rasgos más agudos, relieves más poderosos, impulsos más dominadores, pero en el tipo moral del creador de nuestra bandera, se

⁹ González, J. V., *La Patria Blanca, Op. Cit.*, p. 180. Recuérdese que esta obra fue escrita por González al término de la Primera Guerra Mundial y que es llamativo cómo el autor instó a abandonar, incluso en San Martín, que fue uno de sus héroes, la faceta militar siempre que no estuviese inspirada por virtudes cívicas.

¹⁰ González, J. V., *Mitre, Op. Cit.*, p. 19.

¹¹ González, J. V., *Meditaciones históricas, Op. Cit.*, p. 48.

¹² *Ibid.*, el destacado nos pertenece.

¹³ *Ibid.*, p. 51.

juntan casi todos los atributos de la flor de cultura, lo que en la conciencia moderna califica al ciudadano perfecto de una república verdadera.”¹⁴

Y así como al héroe se debía imitar por “representar” en sí el prototipo de ciudadano, aclaró nuestro intelectual que también representaba la síntesis de la época que le tocó vivir. En su propuesta teórica relativa a la historia, entendió González que toda hora tenía su “tipo representativo”, aquel que encarnaba fundamentalmente la solución a los problemas que acuciaban al país; aunque asimismo supo distinguir nuestro escritor, que existían aquellos que “representaban” agentes de atraso y regresión impidiendo entonces el normal desenvolvimiento de las políticas de modernización. Lo apuntado le permitió afirmar, en ocasión de meditar sobre la celebración del 9 de julio que

“Nuestra historia, como la de casi todos los grandes pueblos, puede formarse de la suma de muchas vidas individuales: son las de los *caracteres representativos* de sus diversas fases...”¹⁵

Por lo tanto, cada hombre público destacado en positivo o negativo en una época, venía a presentarse como la figura que “la sintetice más esencial y sustancialmente...” A su juicio, si se trataba de los inicios de la vida republicana y democrática, esa figura había que identificarla con Fray Justo Santa María de Oro, “representante místico del ideal superior”, para quien, tales valores políticos no eran más que “estado de alma” compartido con el común del pueblo de su tiempo. Idéntico proceso de identificación y síntesis entre “hombre y pueblo” y “hombre y tiempo histórico” podemos encontrarlo cuando nuestro intelectual se ocupó de Bartolomé Mitre.

“Mitre era un exponente efectivo, salido del corazón mismo de su pueblo y de su tiempo; y primero por el nacimiento y la convivencia íntima, y después por el estudio de la historia pasada... *personificaba el alma del pueblo de Buenos Aires*, reanudando la tradición de Mariano Moreno, que se liga con la doctrina del núcleo emigrado de 1837, y de lejos con el espíritu de las revoluciones europeas y americanas, que habían hecho conocer al mundo moderno la libertad política.”¹⁶

Desde esta perspectiva de “exponente efectivo” le correspondía erigirse en lo que González llamó el más representativo de la “era democrática”, y, al igual que San Martín y Belgrano, supo subordinar sus intereses personales y de partido a los grandes ideales que movilizaron su vida y acciones, y compartir con ambos sus búsquedas y finalidades. Cada uno en su momento trabajó por la democracia y el autogobierno de los pueblos,

¹⁴ *Ibid.*, p. 111.

¹⁵ *Ibid.*, p. 34. El destacado nos pertenece.

¹⁶ González, J. V., *Mitre, Op. Cit.*, p. 50.

ansiendo extirpar el espíritu de odio, “causa verdadera y única” de todos los problemas y conflictos, desencuentros y retrocesos de la Argentina.¹⁷ Es decir, no sólo encarnaban los más altos ideales de sus pueblos sino también la fuerza capaz de reorientarlos en los momentos de mayor duda o desconcierto.

Las condiciones del héroe

En este apartado convengamos en analizar qué requisitos debía reunir un personaje de la historia para alcanzar a recibir el reconocimiento de las generaciones futuras como digno de ser emulado.

En principio, coincidamos en que tales hombres tenían **peso moral**, desde los revolucionarios de mayo de 1810 pasando a su turno por todos y cada uno de los hitos de la tradición historiográfica liberal,¹⁸ y así, a lo largo de más de un siglo, se alcanzó a conformar un “capital acumulado de valores morales” que terminó por forjar una “tradición de austeridad, honestidad, sencillez, grandeza moral y discusión exquisita...”,¹⁹ que no venía más que a constituir la “personalidad espiritual” de la Patria. Como “tipos representativos” de ideas, virtudes y fuerzas, eran los héroes los que afirmaban la certeza de Patria y cuanto ella significaba. Así, por ejemplo, Mitre quien “en su conducta como jefe, consejero o soldado de su partido obedeció a la brújula única de toda su vida: el sentimiento de la verdad democrática, guiado por una conciencia ilustrada, de formas cultas en la práctica...”²⁰ Y avanzó aún más González cuando advirtió que en las cartas testamento de Mitre (sobre todo la de 1867) éste presentó “una definición completa de los deberes de una gobernante, de un jefe de partido y de un ciudadano: es el mentor de amigos, es el ejemplo de neutrales y adversarios, y es el maestro de una democracia...”²¹ Por ello concluyó que el político de Buenos Aires era el único que merecía el rótulo de **hombre nación** por haber identificado tan íntimamente su vida a la de la Patria, pero también por haber asumido hasta el extremo los caracteres propios, genuinos y legítimos que la caracterizaban, esto es, asumió el “capital acumulado de valores morales”, o también, por haber aportado sustancialmente en su tiempo, a la concepción, al seguimiento y al construcción de la **belleza moral** que, adquirida, prestigiaría a todos los

¹⁷ González, J. V., *Meditaciones históricas*, Op. Cit., p. 63.

¹⁸ Nos referimos a los constituyentes de la Asamblea de 1813, los miembros de los congresos de 1816 y 1826, la generación de 1837, los congresales constituyentes de 1853, los legisladores bonaerenses de 1852 a 1860, y todos los que a su turno enfrentaron a Juan Manuel de Rosas y los síntomas de anarquía.

¹⁹ González, J. V., *La Patria Blanca*, Op. Cit., p. 38.

²⁰ González, J. V., *Mitre*, Op. Cit., p. 106.

²¹ *Ibid.*, p. 109.

que se dignasen a llevar el nombre de argentinos.²² Y yendo más allá, superaría las fronteras nacionales, inspirado por un auténtico “amor a los hombres” y, en ellos, a la colectividad de los pueblos. Por lo tanto, el **humanismo** venía a ser como el distintivo más altruista de los héroes nacionales.

Es de destacar, por otra parte, que para nuestro intelectual si bien el héroe era consciente de su condición superior, no hacía gala de ello ni lo volvía instrumento de dominación. Por el contrario, siempre buscaban elevarse un poco más en el camino de la **renunciación**. Así, a su turno, Belgrano, San Martín y Mitre, supieron “renunciar”, es decir, alcanzar el triunfo de la virtud, o lo que es lo mismo, sobre sí mismos, espiritualizando aún más la naturaleza humana,²³ e instando a los demás a hacer lo propio.²⁴

“Mitre tenía en su persona mucho de este poder innato de cautivar y arrastrar corazones. En la armonía conjunta de su figura material, en el ritmo sereno y armonioso de su andar, en el tono dulce, aunque no melódico de su voz, y por encima de todas esas cualidades, en el unánime consenso de que allí alentaba *una gran vida*, consistía el enigma de su irresistible atracción e inmanente simpatía de su persona. Y además, se sabía, se presentía, se revelaba en ella otra razón de influencia: era la convicción de una fuerza incontrastable, de voluntad y de acción... Pero, por dentro y por arriba de todo, era el *poder moral*, que es hecho de energía y de belleza, lo que, ... le comunicaba su atractivo y su imperio sobre el ambiente.”²⁵

El panorama moral del héroe se completaría con otras virtudes que nuestro escritor encontró más descollantes en otros personajes de nuestra historia; por ejemplo, la **modestia** y la **sinceridad**, la **abnegación** y el **sacrificio** en Manuel Belgrano.²⁶

Desde esta perspectiva de análisis, el héroe, además de su carisma natural para persuadir y atraer, debía presentarse como un **ser creíble**. Así, si bien muchos otros antes que el personaje que interesase hubiesen expresado lo mismo que éste, para González era menester que el héroe lo dijese con frases sencillas, emocionadas, verdaderas, porque el pueblo entonces le oía y le creía.²⁷ Porque la energía era la misma con la espada que con la pluma o la palabra.

²² *Ibíd.*, p. 120.

²³ *Ibíd.*, p. 122.

²⁴ *Ibíd.*, p. 125.

²⁵ *Ibíd.*, pp. 137-138. El destacado pertenece al autor.

²⁶ González, J. V., *Meditaciones históricas*, *Op. Cit.*, pp. 112 y ssig., y pp. 130 y ssig.

²⁷ González, J. V., *Mitre*, *Op. Cit.*, p. 126.

Porque era creíble y lo seguían, el héroe fue **fundador**. El valor moral y su peso personal le permitían entonces al hombre público y militar no sólo recibir el respeto de sus pares y/o subordinados, sino que, por su conducta y oralidad, se convertía en el Padre de la Patria y de todo cuanto ésta significase. Así lo era San Martín,²⁸ quien se obsesionó con la libertad a costa de todo. Además, su desprendimiento hacia el poder político, lejos de minimizar su figura, la enaltecía porque “no aspiró al Poder por el Poder, sino que lo **creó** y lo dignificó para el bien de su patria...”²⁹

En idénticos conceptos se le presentó Manuel Belgrano quien, enfrentado a distintas situaciones de vida, supo erigirse en “hombre ejemplar de una democracia sana, fuerte y honesta”, y más aún, “Belgrano es la Patria misma”³⁰ porque estuvo en el proceso revolucionario de 1810 que nos viese nacer como Nación. Y por si fuera poco, fue el creador de la bandera que significó ni más ni menos que un volver a fundar los ideales de Mayo y cobijar bajo su paño a un pueblo con una identidad definida, sintetizando los valores propios y auténticos de ese ser nacional y, por ende, perenne y llamado a sobreponerse a las pasiones e intereses de momento.

Sintetizando cuanto venimos analizando, compartamos la reflexión que hizo nuestro intelectual cuando, en ocasión de exponer su tributo a la memoria de Mitre en el Senado de la Nación, sostuvo que “el general Mitre pertenece al número de los que la historia ha colocado entre los **fundadores**, los **constructores de la nacionalidad** misma, así en el sentido de su integridad territorial como en el de su organización institucional. Es un padre de la Patria...”³¹ ya que su ideal había sido salvar la unidad territorial y política de la Nación presentándose como el “tipo ideal de ciudadano y de hombre de Estado...”³²

Más allá de las construcciones perfectas que los intelectuales estaban llamados a presentar por la obra literaria, histórica y educativa, Joaquín Víctor González admitió que si bien eran moralmente incuestionables, estos hombres –los héroes- tenían defectos y no sólo porque el escritor debía decirlos, sino porque lo más importante era que el mismo héroe se los auto-reconociese. Fue el caso de Mitre, quien admitió que le quedaba mucho por aprender y “purificar” en cuanto hacía a la adquisición de las costumbres cívicas y

²⁸ González, J. V., *Meditaciones Históricas*, Op. Cit., pp. 79 y ssig. En estos argumentos, nuestro autor sigue los postulados de Bartolomé Mitre en su clásico *Historia de San Martín y la emancipación sudamericana*, Buenos Aires, Biblioteca de la Nación, 1907.

²⁹ *Ibíd.*, p. 87.

³⁰ *Ibíd.*, p. 131.

³¹ González, J. V., *Mitre*, Op. Cit., p. 147. El destacado nos pertenece.

³² *Ibíd.*, p. 148.

públicas. “Nos falta completarnos”, afirmó.³³ No podía ser menos para el biógrafo de Belgrano, ya que González exaltó la modestia como principal virtud del creador de la bandera, entendiendo que ella implicaba “darse cada uno su propio valor”,³⁴ o lo que es lo mismo, “conocerse y tener el **valor** de confesar sus defectos; discernir los méritos de los otros en comparación con las deficiencias propias; saber la verdad y tener el **heroísmo** de confesarla y proclamarla, aun contra sí mismo...”³⁵

Por último coincidamos en que el héroe, más allá de identificarse con el destino de la nación que había fundado y a la que entregaba su vida, tenía un alto sentido de humanidad, algo así como una fuerte vocación y amor por el hombre. Así lo entendió nuestro autor cuando aconsejó a sus contemporáneos que fuesen capaces de creer en la capacidad moral heredada de “nuestros héroes”, ya que

“Nos enseña que la única manera de ofrecer una patria a los *hermanos de toda la tierra* es modelar la propia, tan sólida, tan vasta, tan segura, que puede abrirse al *género humano* y contener como en un gran corazón *todas las palpitaciones del alma del mundo*.”³⁶

Esa capacidad humana que llevó al héroe a dignificar y valorar su propia vida le inspiró por lo mismo una auténtica adhesión a la humanidad en su conjunto; esta cualidad le otorgaba al prohombre un toque **místico**, como le llamó González, es decir, no sólo por dedicar su vida, **consagrarla**, a la realización de altos ideales, sino que, precisamente por elevar tanto el propio ideal, éste llegaba a confundirse con el “ideal único del género humano”³⁷. Al efecto, observemos los términos que empleó nuestro autor: “ideal”, “consagración”, “renunciamento”, “humanidad”, todo con un cierto aire religioso que le permitió sostener el calificativo de “místico”.³⁸

Desde esta perspectiva, el héroe venía a cultivar “el arte de dar vida a los pueblos”, no sólo al propio sino también solidarizándose con el destino de aquéllos que, por herencia e historia, compartían idénticas creencias y valores. Y es más, esta dimensión universal podía penetrar tanto el alma del patriota que podía llegarse a decir, como de San Martín, que “era puro espíritu”.³⁹ Y concluyó el intelectual riojano,

³³ *Ibíd.*, p. 128.

³⁴ González, J. V., *Meditaciones Históricas*, *Op. Cit.*, p. 111.

³⁵ *Ibíd.*, p. 111. El destacado pertenece al autor.

³⁶ González, J. V., *Mitre*, *Op. Cit.*, p. 129. El destacado nos pertenece.

³⁷ González, J. V., *Meditaciones Históricas*, *Op. Cit.*, p. 51.

³⁸ González definió “San Martín era también un místico. Esto significa en el moderno sentido de la palabra, atribuirle la tendencia a la concentración de la vida en una idea que esté cerca de llegar a la idea suprema. Es decir, la tendencia a la elevación del propio ideal hasta confundirse con el ideal único del género humano...”, en *Meditaciones Históricas*, *Op. Cit.*, p. 51.

³⁹ *Ibíd.*, p. 55.

“Todos los pueblos aspiran, desde lo íntimo de su conciencia a esta gloria, a que *su bandera deje de ser simple protectora de su vida doméstica*, y haya servido para *afianzar un ideal más amplio de solidaridad internacional*. San Martín, al recorrer triunfante los estandartes argentinos fuera de nuestro país, *unía en un solo destino* a las naciones de Sudamérica que cubrió con su acción libertadora.”⁴⁰

Insistiendo una vez más en la persona de Belgrano, halló en éste esa dimensión universal propia de aquellos hombres que eran capaces de ofrecer lo más valioso que tuviesen por el bien de su generación y de las venideras, advirtiendo que ello sólo era posible en la medida que el héroe se hubiese dejado invadir por un fuerte sentido religioso que diese razones de su ofrenda, su consagración y renuncia. Y como invitando a sus contemporáneos en 1920 y desde su banca de senador nacional, a modelar su espíritu en la herencia belgraniana sostuvo:

“El alma de la bandera está en la vida y en las expresiones de Belgrano; en ellas está su *significado moral, cívico y político más recóndito*, hasta la honda *efusión religiosa* que llena de emoción todos sus actos de hombre de armas y de hombre de Estado. Su *religiosidad* es hija de la tierra misma; está en el corazón, en la tradición y en el ambiente que respira toda la Nación de aquellos días luminosos.”⁴¹

A modo de reflexión final

Siguiendo la perspectiva de análisis de nuestro intelectual, sinteticemos que el valor de la representación del héroe residía en su carácter “escolar” fundado en una “vida moral”, simple y sencilla, vida consagrada a un alto ideal al punto de “impersonalizarse” y por lo tanto, pura idea asequible por todos y cada uno de los hombres que se animasen a comprometerse con la existencia de la Nación. El héroe entonces venía a “redimir” a sus pueblos y a forjar su conciencia, llegando a presentarse en “una especie de santidad cívica”⁴² y con el alto mérito de haber “creado una nación”.⁴³

A esta instancia de nuestra exposición, creemos que invariablemente nuestro lector habrá intentado transpolar los argumentos de Joaquín Víctor González a los tiempos que nos tocan vivir. Y si bien es cierto que las circunstancias varían y los distintos acontecimientos del siglo XX han improntado fuertemente en la lectura que hacemos del pasado común y en el contexto de nuestras culturas políticas, es válido preguntarnos aún por nuestros héroes y los fundamentos de su heroicidad. Posiblemente discutiríamos al

⁴⁰ *Ibid.*, p. 65. El destacado nos pertenece.

⁴¹ *Ibid.*, p. 135. El destacado nos pertenece.

⁴² *Ibid.*, p. 119.

⁴³ *Ibid.*, p. 139.

cansancio su vigencia o no, pero lo cierto es que no podemos desconocer que aún hoy la escuela persiste en la presentación de los héroes que distinguiese González, y todos representativos de los ideales del siglo XIX. Lo propio a reflexionar sería qué ha acontecido en el siglo pasado para que no distingamos “héroes” en él, o es que ya no los necesitamos?

Como intelectuales, como docentes, no dejemos de preguntarnos y de preguntarles a nuestros alumnos. Juntos, en diálogo tolerante e incluyente, intentemos volver a definir y formular los caracteres esenciales de la argentinidad con vistas a fortalecer lo que nos une y anular cuanto nos divide.

BIBLIOGRAFÍA

ALTAMIRANO, C., "Ideas para un programa de Historia Intelectual", en *Prismas, revista de historia intelectual*, Quilmes, Editorial de la Universidad de Quilmes, 1999, n° 3.

GONZÁLEZ, Joaquín Víctor, *La tradición nacional*, Buenos Aires, Hachette, 1957 (primera edición, 1888).

....., *Patria*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Congreso de la Nación, 1936, vol. XIX (primera edición, 1900)

....., *El juicio del siglo*, en *Obras Completas, Op. Cit.*, vol. XXI (primera edición, 1913)

....., *La Patria blanca*, Buenos Aires, L. J. Rosso, 1931 (escrito en 1920)

....., *Mitre*, Buenos Aires, El Ateneo, 1931 (escrito en 1921)

....., *Meditaciones históricas*, en *Obras Completas, Op. Cit.*, vol. XXII (escrito en 1921).

SHUMWAY, Nicolás, *La invención de la Argentina, historia de una idea*, Buenos Aires, Emecé, 1993.